

OBRA

7

*La bola más hermosa
del mundo*

Lema: Bola

Las últimas tardes de agosto en la sierra ya no son como las de antaño. Será por el cambio climático, o tal vez no, pero el caso es que muchos días no refresca ni siquiera cuando la noche está bien avanzada. Las calles del pueblo aparecen desiertas, pocos se atreven a desafiar la canícula, aunque para practicar los bolos serranos no hay mejor momento que las horas vespertinas, a la sombra de la arboleda que cubre la bolera.

Una mujer aún no demasiado mayor se aventura junto a una niña por la travesía que da entrada al pueblo. Van cogidas de la mano y la señora, que es la abuela de la pequeña, porta una caja de madera de mediano tamaño. Su destino es la bolera, como otras tardes de este verano que ha sido especialmente sofocante. Pero ella lo hace con agrado, siempre le han gustado los bolos. La cara de su nieta no refleja un entusiasmo similar.

—¿Por qué tenemos que ir a la bolera, abuela? Ninguna de mis mejores amigas va y casi todos son niños. Y me aburro un montón.

—Pero es porque todavía estás empezando, Andrea. Tienes que seguir, estoy segura de que cuando lleves más tiempo jugando te acabará por gustar. Y, además, sí que hay chicas, están Julia, Marta... y también Nuria, ¿no?

—Sí, bueno, pero los chicos se ríen de nosotras cuando no acertamos a los mingos.

—También ellos fallan, ¿o no? Pero lo importante es que practiques, que aprendas la técnica, a afinar la puntería, y entonces acabarás enamorándote del juego y a ser incluso mejor que muchos de ellos.

—Abuela, no te rías tú también de mí.

—No lo hago, aunque tú lo creas. Hace ya muchos años, una mujer consiguió incluso ganar un campeonato de bolos a todos los hombres de la sierra.

—Te lo estás inventando para animarme, ¿verdad?

—No, es totalmente cierto, luego puedes preguntarle a tus padres o a tus tíos, pero cuando escuches la historia, sabrás que es real.

La abuela se remontó muchos años atrás:

“Era una mujer aún joven, no estaba casada y ni siquiera tenía novio. Desde pequeña le habían gustado los bolos serranos. Mientras muchas de sus amigas acudían a la sección femenina del pueblo para aprender a bordar o a coser, ella anhelaba que llegaran las fiestas para bajar a la bolera a presenciar el torneo que desde unos años atrás se celebraba el día del Patrón.

Siempre que podía y la dejaban, que no era todas las veces, acompañaba a su padre a verlo jugar las partidas que muchas tardes ponían término a su dura jornada de trabajo en el campo. Los días que había pocos boleros, su progenitor la animaba a bajar de las gradas y a

tirar alguna bola. Poco a poco fue perfeccionando sus tiros, calibrando su fuerza, sobre todo los días que se marchaba al campo sola; colocaba el mingo y se dedicaba una y otra vez a intentar acertarle, primero, y luego a lanzarlo a la mayor distancia posible.

Aunque en algunas ocasiones el ejercicio le resultaba un tanto pesado, porque era ella la que tenía que colocar el mingo cada vez que lo derribaba y después debía recoger la bola, que a veces acababa a muchos metros de distancia, la muchacha fue mejorando su precisión y la fuerza que lograba imprimir a la bola. Sus asiduas idas y venidas despertaron la curiosidad de muchos chicos del pueblo, que la veían como un bicho raro, y cuando descubrieron a lo que se dedicaba en sus escapadas, más de uno comenzó a llamarla machorra.

No era raro el día en que detrás de los olivos donde entrenaba, algunos mozos se escondían y, entre burlas y estruendosas risas, la increpaban diciéndole que se fuera a barrer, limpiar o cocinar. Ella prefería ignorarlos. Su madre le decía que lo dejara, que debía ayudarla en las tareas domésticas y aprendiendo los quehaceres de una buena esposa, pero después de colaborar en casa muchas tardes se marchaba a ver las partidas de bolos que habitualmente disputaban los hombres o a seguir entrenando.

Después de mucho perseverar, pensó que ya estaba preparada, aunque le faltaba un detalle importante: la bola. La que usaba cada día era la de su padre, que estaba adaptada a su enorme mano, así que en demasiadas ocasiones la apertura donde introducía sus pequeños y delicados dedos le impedía agarrarla bien y eso provocaba que de vez en cuando se le escurriera y fallara algunos tiros. Así que antes de mostrar a toda la gente del pueblo de lo que era capaz, decidió construirse una bola a su medida, con una arrambraura que se ajustase al tamaño de su mano. Una tarde se marchó al campo con una azada y buscó un enebro viejo que se había secado. Cavando y cavando logró extraer sus raíces y también encontró un pedazo de madera lo suficientemente grande para que, una vez moldeado, pudiera hacer su bola.

Primero quitó toda la tierra y la corteza que rodeaba la madera, para después comenzar un trabajo artesanal que le ocupó muchas tardes y tanto o más esfuerzo que el aprendizaje del juego. Día a día, la bola iba adquiriendo forma con los cuidados y las caricias que solo una mujer sabe dar. Primero en el torno que su padre tenía en el sótano de su casa, donde redondeó el taco de madera: después con el formón, para perfilar la esfera definitiva; y, por último, usando la lima para pulirla. Era la bola más mimada, querida y soñada que nadie hubiera podido tener antes; era como una hija para ella, era la bola más hermosa del mundo.

Llevaba mucho tiempo preparándose para aquel momento, casi una vida se podría decir, aunque tampoco era tanto tiempo en realidad. Cuando se inscribió para participar en el campeonato de las fiestas de aquel año, el encargado de anotar los nombres la miró de arriba abajo, pero no dijo palabra y apuntó su patronímico. Fue peor a la hora de realizar la primera de las cinco tiradas previstas en el torneo, que se jugaba en la modalidad de alta montaña, con un solo mingo.

Pese a los nervios que sentía y el cachondeo generalizado, logró derribar el bolo y hacerlo pasar, aunque por poco, de la línea de borre. No fue la mejor tirada de los participantes, pero sí estuvo entre las más destacadas. Menos bien le fue en el segundo intento. Aunque se concentró al máximo y calibró la bola y sus fuerzas, el lanzamiento no fue preciso y como decidió tirar a pique para impactar de lleno en el mingo y conseguir mandarlo más lejos, al errar no consiguió ningún punto. Las burlas fueron en aumento a partir de ese instante, y mientras algunos recordaban que su lugar debía estar en la cocina, otros bromeaban con la forma de lanzar y decían con rechifla que su partida se había ido a pique.

De todas formas, aún restaban tres tiradas, y cuando le llegó de nuevo su turno consiguió abatir el mingo, que superó por bastantes metros la línea de borre. Esa vez ya no hubo tantas chanzas, sino más bien silencio y risas nerviosas. Incluso las habituales conversaciones sobre caza o el campo se detuvieron durante unos instantes, aguardando nuevamente su nuevo lanzamiento, el cuarto, que otra vez fue exitoso y la colocó entre los cinco mejores boleros del torneo.

La última ronda se presentaba muy reñida y emocionante. Antes de lanzar, se concentró todo lo que pudo y la dejaron, acarició su bola, palpó su rugosidad, su rudeza, los nudos que tenía y algunas irregularidades que se conocía de memoria. La intriga por el desenlace creció tras su último tiro, que percutió violentamente en el bolo, que salió despedido muchos metros adelante. Con los 80 puntos sumados en esa jugada, se ponía en cabeza. Únicamente restaban cuatro jugadores por tirar, cuatro hombres que no solo se jugaban el campeonato y el jamón que de premio tenía asegurado el primer clasificado, sino también la honrilla masculina.

Esa presión añadida pudo con todos ellos y ninguno consiguió tumbar el mingo. Cuando el último de ellos lanzó, todos se volvieron hacia donde ella estaba sentada, tan inmóvil como impaciente, esperando la resolución de la partida. En ese momento, el competidor que cerró la tanda de lanzamientos, que pese a su error final había conseguido la segunda puntuación total, se dirigió al juez anotador para decirle que había ganado. El juez,

señalándola a ella, le contestó que no. Y él, sin mirarla, con cierto desprecio, sentenció que los bolos eran una cosa de hombres y que ella jugara con las mujeres si quería.

Al oír esa frase, ella se levantó de las gradas y se marchó, con la cabeza alta, sin esperar la respuesta final del juez, sin llevarse el premio que era suyo, pero con el orgullo henchido, la mirada clara, sabiendo que había hecho algo más que ganar una partida”.

–¡Qué fuerte!, abuela. Eso hoy no podría pasar, ¿verdad?

–No, cariño, creo que no.

Cuando la abuela termina de contarle a la niña la historia, están llegando a la bolera. La mujer deposita la caja sobre las gradas y extrae una vieja, aunque aún reluciente bola de madera, que ofrece a su nieta.

–Y ahora, ¿quieres tirar tú?